

sipación de la vida; guardó cuidadosamente el sombrero, miró á sus botinas para ver si se habían destrozado, dejó su traje doblado sobre el respaldo de una silla, y cuando estaba en enaguas y en camisa, dejó caer la mirada sobre su garganta de virgen, y poco á poco se llenaron de rubor y de púrpura sus mejillas.

En la turbación de su cerebro, las imágenes se precisaban, se levantaban distintas: los otros dos, en su alcoba nupcial, allá abajo, una alcoba que ella conocía y que ella misma, por la mañana, había adornado con flores; la desposada estaba en el lecho y él entraba, se acercaba con sonrisa de ternura.....

Y entonces, con ademán violento hizo deslizar sus enaguas, quitóse la camisa, y completamente desnuda se contemplaba todavía.

¿Pero no había para ella las delicias del amor?

¡Jamás llegarían sus bodas!

Y su mirada descendía por el seno, mórbido y torneado, y por sus anchas caderas, y por su vientre donde estaba adormecida una maternidad poderosa.

Ella era, sí, robusta y potente; la savia de la vida llenaba sus miembros, palpitaba en los pliegues más

secretos de su carne; respiraba su propio aroma de mujer, como un ramo de flores que se abren esperando el instante de la fecundación (1).

Y no era ella, era la otra quien estaba en el fondo de la alcoba, allá abajo, mecida en los brazos de su marido, aquel hombre á quien ella misma esperaba hacía tantos años.

Y, sin embargo, estaba orgullosa, altiva, gozando de la dicha de ser mujer.....

Entonces la rabia de los celos la mordió las entrañas, en presencia de los cuadros que su excitada fantasía continuaba desarrollando: ella quería vivir, vivir por completo, vivir con la dicha de la vida, porque amaba la vida.....

Ella era más hermosa que la otra, era más fuerte, y, sin embargo, él no la había elegido; nunca le conocería; nada de ella debía esperarle, ni los brazos, ni los labios, ni las caderas; todo su cuerpo entonces podía ser arrojado á la nada, como harapo inútil. ¿Pero era posible que ellos estuviesen juntos, cuando ella estaba sola, tiritando de fiebre, en aquella casa fría?

(1) Omitimos aquí una descripción demasiado *naturalista*, que no añade ninguna belleza al conjunto de esta magistral escena.—(N. del T.)

De repente se arrojó sobre el lecho, agarró la almohada entre sus brazos convulsos, mordíala para ahogar sus sollozos, intentaba aniquilar su carne sobrecitada aplastándose sobre el colchón.

En vano sus párpados se cerraban para no ver: veía siempre aquellos cuadros fantásticos, semejantes á monstruosidades que se alzaban en las tinieblas.

¿Qué hacer? ¿arrancarse los ojos? ¡Y veríalos todavía! ¡y veríalos siempre!

Los minutos pasaban, y no tenía conciencia sino de la eternidad de su tortura.

Un estremecimiento la volvió á la realidad: alguien estaba allí, porque ella había oído una risa....

Pero sólo encontró que la bujía se acababa, y que la llama hizo saltar la arandela. ¿Si alguno la hubiese visto?

Aquella risa imaginaria corrió por su piel como una caricia brutal; el pudor la asaltaba con fuerza, y cruzó los brazos por debajo de la garganta para no verse ella misma; púsose vivamente una camisa de dormir, y se hundió entre las sábanas, cubriéndose hasta la barba.

Quando la bujía se consumió, Paulina ya no se

movía, anonadada por la vergüenza ó la crisis que acababa de pasar.

*
**

Al ser de día hizo su maleta, aunque no encontraba manera de anunciar su marcha á Chanteau; pero fué necesario decírselo todo antes de la noche, porque el doctor Cazenove vendría á buscarla en la mañana del siguiente día, para llevarla á casa de su parienta.

Cuando el gotoso comprendió, levantó sus débiles brazos de enfermo, con ademanes de loco, para detenerla; balbuceaba, suplicaba, decía que jamás haría aquello, que no le abandonaría, porque tanto era asesinarlo, y él moriría al punto.

Luego, comprendiendo la dulce firmeza de su sobrina, se decidió á confesar el daño que se había hecho la tarde anterior, comiendo una perdiz trufada cuyas puntas ligeras le abrasaban ya las articulaciones: siempre la misma lucha, y ella no tendría valor para dejarle abandonada en medio de un violento acceso.

Y efectivamente, hacia las seis de la mañana Verónica subió al cuarto de Paulina, para prevenirla que sentía gritar al señor en su cámara; tenía un

humor execrable; clamaba por toda la casa diciendo que si la señorita marchaba, ella también desfilaría bien pronto, porque no era plato de gusto cuidar á un viejo tan poco razonable.

Paulina no tuvo más remedio que instalarse otra vez á la cabecera del lecho de su tío, y cuando el Doctor se presentó para llevársela, ella le mostró al enfermo, que gritaba más fuerte, que la decía que no partiera si tenía corazón.

Todo se retrasó.

Cada día la joven temblaba de ver regresar á Lázaro y Luisa, cuyo nuevo cuarto, la antigua cámara destinada á huéspedes amigos, estaba dispuesto desde el día del casamiento.

Pero ellos se olvidaban en Caen: Lázaro escribía que tomaba notas del mundo financiero antes de ir á encerrarse en Bonneville, para comenzar una gran novela, en cuyas páginas habría de decir la verdad sobre los forjadores de negocios bursátiles.

Pero de pronto llegó una mañana sin su mujer, anunciando que iba á instalarse con ella en París: el suegro le había convencido, y él, Lázaro, aceptaba el puesto en la Compañía de seguros, con el pretexto de que así tomaría mejor sus notas del natural, y más tarde volvería para dedicarse en absoluto á las letras.

Cuando Lázaro llenó dos cajas con los objetos que deseaba llevar consigo, y la berlina del tío Malivoire llegó á la puerta para buscar la carga, Paulina quedó como aturdida, sin que se despertasen sus antiguas violencias.

Chanteau, que aún sufría del último ataque, la preguntó:

—Espero que te quedes, ¿no es verdad? Quédate, sí, hasta después de haberme enterrado.

Ella no quiso responderle en el acto.

Arriba estaba su maleta hecha, y ella la miraba durante horas enteras; y como los otros marchaban á París; haría mal en abandonar á su tío.

Cierto que desconfiaba de las resoluciones de su primo; pero si los recién casados volvían, ella estaría entonces libre para alejarse.

Y Cazenove, furioso, diciéndola que así perdía una posición soberbia para ocultar hasta su existencia á unas gentes que vivían á sus expensas desde su juventud, la decidió de repente.

—Vamos, vete—la repetía entonces Chanteau.—Si vas á ganar dinero y ser dichosa, no puedo obligarte á arrastrar los zapatos con un estafermo como yo..... ¡Vete!

Pero una mañana, Paulina le respondió: